

Diario de cuarentena: día 68

Sholeh Wolpé

Él dice fresas; yo digo
semillas. Él dice iris; yo digo
sexo.
Él dice fe; yo me persigno con alcohol.

A dos meses del aislamiento Covid ya estoy metida
a fondo en esta existencia de pantalla verde Zoom y
WhatsApp, únicos testigos de mis gruñidos a pleno
pulmón,
de la ronda de moscas nerviosas
que ataco con mi raqueta eléctrica amarilla.

¡Con solo dos pilas AA electrocuto a estas plagas zumbantes!
¿Quién les dio permiso de
congregarse bajo mi fresno en este
patio de ciudad?
¿No se han enterado?
Las reuniones están estrictamente prohibidas.

Él dice, ¿no tienes compasión? Yo digo, ¡divirtámonos!

Si yo no las devuelvo a su creador, alguna otra razón lo
hará. De todos modos ya nada tiene sentido—
¿o acaso lo tiene?

Esta mosca, la que estoy a punto de aniquilar,
deambula por un impecable haz de luz.
Blanco perfecto.
Como nosotros. Ahora. Para la raqueta dorada de Dios.

¡Zas!

Él dice locura, yo digo que por
supuesto al principio siempre es algo
insignificante,
como las gotitas de sirope de arce en la
balastra azul que separa nuestro huerto de
frutales
del de nuestro vecino; acribillando la
línea de hormigas despistadas con el
chorro brutal de nuestra manguera—
implacable, infinita, irracional.